

Las Iglesias de la otra Europa frente a la prueba de la libertad*

La situación actual

Nada será ya como antes. El año 1989 ha devenido una fecha simbólica oportuna; el derrumbe de los regímenes comunistas en Europa Central y en Europa del Este, trastorna profundamente la vida de las Iglesias y de los cristianos de la otra mitad de nuestro continente. Faltan puntos de referencia de una y otra parte, y más aún los medios para una evaluación objetiva un tanto serena de la presente evolución. El aspecto espectacular y mediatizado de la crisis política, económica, social y moral tapa el sufrimiento cotidiano de la inmensa mayoría así como las iniciativas esperanzadoras de todo orden.

Las situaciones eran y son muy diversas así antes como ahora. Una es la situación de la Iglesia católica en Polonia; otra la de los católicos de Albania que recobran el ministerio episcopal y un principio de vida sacramental normal; otra la de la diáspora multi-étnica de los católicos en Rusia... Y lo mismo sucede con las Iglesias greco-católicas: la diócesis de Hajdudorog en Hungría oriental, pudo subsistir sin pruebas mayores, también la de Sofía, aunque al precio de duras persecuciones. Pero las Iglesias greco-católicas de Ucrania, Rumania y Eslovaquia vieron suprimir sencillamente el derecho a la existencia; han vivido valientemente en

* Traducido de la revista "Lumen vitae" 1993/3 por Ma. Elena Lagos, osb. Abadía de Santa Escolástica.

la clandestinidad, padeciendo la absorción oficial y la coacción por parte de la Iglesia-hermana ortodoxa.

¿Y qué decir de las Iglesias ortodoxas? Todas han conocido persecuciones de variadas formas: sangrientas, administrativas, envilecedoras... La Iglesia rusa orillaba el anonadamiento físico cuando empezó la segunda guerra mundial; el favor de la guerra y de la "lealtad" patriótica y política consiguió recuperar un mínimo de existencia sacramental y gracias a la liturgia, cierta transmisión de la fe. La Iglesia rumana, casi hasta los últimos años del antiguo régimen, pudo mantener sus parroquias abiertas y dar adecuada formación teológica y pastoral a sus futuros sacerdotes y diáconos; en cambio fue muy duramente golpeada en la vida monástica, privando así en parte a los fieles el frecuentar los lugares de tradicionales peregrinaciones y, para el sacramento de la confesión, el recurrir a los monjes que son símbolo de la intacta conciencia profunda de la Iglesia y del pueblo. La Iglesia ortodoxa en Serbia sufrió relativamente menos persecuciones que las demás Iglesias ortodoxas; sin embargo la tragedia de centenares de miles de serbios asesinados por razones étnicas y religiosas ha reavivado el antiguo traumatismo de la opresión musulmana y reforzado el sentimiento de ser un "pueblo mártir" de la fe ortodoxa, y hasta de ser un "pueblo elegido" en su sufrimiento. Y es sabido cómo explotan hábilmente tal estado de ánimo los actuales líderes políticos neo-comunistas.

Tal vez se piense que las Iglesias de la Reforma están ausentes de la escena en Europa Central y del Este, pero no es así; están presentes desde el s. XVI en Polonia, Hungría, Rumania, Letonia y Estonia. A fines del s. XIX se implantaron en el Imperio ruso comunidades neo-protestantes, que durante los setenta años de persecución en la Unión Soviética mostraron una valentía y una solidaridad fraterna a menudo admirables. Esas mismas comunidades son las que han dado prueba de un gran impulso misionero y continúan progresando rápidamente.

Estos pocos ejemplos, entre muchos otros, están recordados aquí para ilustrar la extrema diversidad de situaciones de las Iglesias y confesiones cristianas en Europa Central y del Este. Pesan en ellos los orígenes históricos y culturales, el hecho de ser Iglesia mayoritaria o minoritaria, el carácter episcopal o congregacionista de las Iglesias, la percepción y lo vivido de la relación con el Estado y la sociedad, la apertura ecuménica... Es imposible captar, y más aún describir sucintamente, realidades fluctuantes en plena evolución; es pues forzoso elegir, limitándonos al caso particular,

pero ejemplar, de la Iglesia ortodoxa de Rusia y privilegiando el contexto pastoral inédito de la nueva situación (desde hace cinco años), con detrimento de una profundización de las cuestiones teológicas subyacentes. Podremos entonces adelantar algunas consideraciones acerca de posibles colaboraciones ecuménicas.

La Iglesia entre el pasado y el presente

El Padre Alexander Men, uno de los sacerdotes más celosos e influyentes de la Iglesia ortodoxa de Rusia, declaró poco antes de ser asesinado en setiembre de 1990: "El momento más difícil para la Iglesia llegará cuando todo nos sea permitido; entonces tendremos vergüenza porque no estaremos listos para testimoniar, y desgraciadamente, nos estamos preparando mal"¹. Juicio y profecía severos ¡legítimos en boca de un confesor de la fe! Y diagnóstico no desmentido por los acontecimientos de estos últimos años. Aunque, por deber de equidad, sea menester tomar en cuenta, y al máximo, las secuelas de setenta años de historia comunista real, y no teórica, tanto para la sociedad como para la Iglesia. Las consecuencias son tangibles en todo dominio: crisis política, derrumbe económico, pauperización de una parte importante de la población, delincuencia creciente, conflictos inter-étnicos, regreso a la patria de los soldados y refugiados rusos que vivían en las repúblicas no rusas de la ex Unión Soviética, tensiones sociales, desastres ecológicos. Más grave aún resulta el sentimiento de frustración y de desilusión: en pocos años se pasó de un sentimiento de orgullo —aunque bastante inseguro— por las realizaciones económicas y sociales de punta de la nación (pues la mayoría consideraba los rigores y las faltas de libertad como enmendables errores de trayectoria) a la comprobación de fracaso humano y societario. De donde el desconcierto y la búsqueda desenfrenada de modelos inspirados en el Occidente próspero y libre, o de un camino original, reanudando con la tradición rusa y ortodoxa. En este caso, muchos se vuelven hacia la Iglesia. A decir verdad, el

¹ Ver la excelente presentación de esta noble figura por Y. Hamant: *Alexandre Men. Un témoin pour la Russie de ce temps*, Paris 1993; este libro es también una introducción a la historia reciente de la Iglesia rusa.

redescubrimiento de la fe por parte de la *intelligentsia* remonta a principios de los años '70, mucho antes de la *glasnostj* y la *perestrojka* de M. Gorbatchov. Desde hace veinte años, a pesar de las fallas bien conocidas de alguno de sus representantes jerárquicos, la Iglesia fue reconocida como única capaz de dar una respuesta existencial a la cuestión del destino del hombre integral. En su seno, pese a todas las tentativas de asfixia urdidas por el programa ateo del partido, pudieron mantenerse y ser transmitidas la fe y la cultura ortodoxas. Sin las viejas *babouchkas*, sin los tres o cuatro grandes monasterios aún abiertos que atraían centenares de miles de peregrinos cada año, sin las lentas y solemnes liturgias fervorosas en las parroquias abiertas, el pueblo sencillo, creyente, no habría podido brindar ese suplemento de alma que permitió que no quedara erradicada la tradición viviente de la ortodoxia. Ni los neo-conversos ni Rusia hubiesen podido reanudar con las raíces y hallar en ellas la savia necesaria para un repunte de la vida cristiana. Una Iglesia perseguida deviene fácilmente muy conservadora; sin embargo, aunque privada de profundización teológica y de toda posibilidad de catequización de la juventud, de toda iniciativa pastoral y del más mínimo espacio positivo en los medios de comunicación, la Iglesia ortodoxa constituía la única alternativa que se ofrecía a todo el hombre frente a la glaciación ideológica en curso.

Grandeza y miseria, pues. Citemos sólo un ejemplo a título ilustrativo: la lengua litúrgica sigue siendo el eslavo eclesiástico, adaptación rusificada en el s. XVII del antiguo eslavo. Es poco o nada comprensible para el fiel medio; se encararon ensayos de traducción al ruso moderno en el Concilio local de 1917-18, pero la revolución bolchevique impidió tomar decisiones prácticas. Por los años '20 el cisma de la Iglesia viva empleado por el poder para arruinar a la Iglesia ortodoxa (que fue una ferviente protagonista de la rusificación), comprometió esa posibilidad durante decenios. Algunos pocos sacerdotes promueven el empleo del ruso para las lecturas públicas en las celebraciones litúrgicas. Pero faltó hasta ahora tiempo y medios humanos y financieros para plantear realmente esta inevitable cuestión. Este único ejemplo muestra el doble movimiento, aparentemente contradictorio, que anima a la Iglesia ortodoxa de Rusia: por un lado, con parte importante de la sociedad, el instinto vital que impulsa a reapropiarse un pasado del cual la Iglesia debe restaurar la mayor cantidad

posible de signos concretos², a fin de asegurar la continuidad de un tejido cultural destrozado y de liberar una creatividad basada en el genio propio de la nación; por otro lado, la Iglesia, con su vida y su palabra, debe proclamar la Buena Noticia a los hombres y mujeres de hoy, en el seno de una sociedad desconcertada. Por lo tanto debe hacer su *aggiornamento* en condiciones de gran precariedad...

Los campos ya están maduros para la cosecha (Jn 4,35)

Sin duda podemos estar tentados de asimilar la situación de la religión en Rusia a la de nuestras sociedades secularizadas de Europa occidental o de América del Norte. La comparación es sin embargo poco pertinente y obstruye la inteligencia y el discernimiento de las evoluciones presentes. Rusia vivió un secularismo impuesto a la fuerza, y urgida por la necesidad descubrió que el auténtico progreso económico y social exigía imperativamente el respeto de la dimensión espiritual del hombre. De ahí que, desde hace algunos años, se señale un verdadero antojo por lo "religioso", antes prohibido. Allí donde toda práctica de la fe cristiana fue extirpada, mucho más en el campo que en las ciudades (fuera de ciertas familias cristianas), nos encontramos en presencia de una increencia abierta a todas las influencias ocasionales. La Iglesia ortodoxa disfruta de un amplio impacto en los medios desde el ángulo cultural; pero están más presentes aún las sectas fundamentalistas, que tienen fuertes divisas, y no digamos los astrólogos, espiritistas, neo-paganos y demás. A este respecto, la revista *Ciencia y religión*, otrora órgano militante y despectivo del ateísmo científico, es un testigo sintomático del cambio de mentalidad³.

² Pensamos especialmente en las iglesias y monasterios que actualmente están en vía de reconstrucción.

³ He aquí algunos artículos de esa revista, en su número de febrero de 1993: un sabio, G. Gladichev, concede una entrevista de título significativo: "Me extasíé ante la armonía de este mundo". Un artículo habla del patriarca de Moscú Hermógenes (1602-1612); otro, de la iconografía de la Madre de Dios; otro, del simbolismo de la iglesia como edificio. Una colaboración versa sobre los templos de Moscú; otra, sobre ejercicios de yoga; otro, sobre el misterioso cuarto mago llegado a Belén... El esoterismo está bien representado por un estudio sobre el pintor Vl. Glukhov y por una narración sobre la tradición

Conviene tener presente semejante desmoronamiento económico y espiritual de la nación y el atractivo de lo religioso para situar bien los esfuerzos pastorales desplegados por la Iglesia ortodoxa. Al observador católico le llama la atención comprobar que el clero parroquial casado y las "fraternidades" de laicos son los que impulsan la verdadera explosión de iniciativas actuales.

El primer hecho notable es la reapertura o fundación de parroquias. Antes de la celebración (en 1988) del milenio del bautismo del príncipe Vladimiro de Kiev, la Iglesia ortodoxa rusa contaba algo más de seis mil parroquias, estando la cuarta parte en Ucrania; actualmente llegan a trece mil. La refundación de una parroquia suscita innumerables problemas: cuando la iglesia está en ruinas, es necesario restaurarla a alto costo, en plena crisis económica y a pesar de la inflación galopante. Luego hay que proveerla de sacerdote, formar un núcleo administrativo, hallar un cantor u organizar un coro. Con frecuencia el edificio está aún ocupado por un taller, un club, un cine...; sólo se lo irá recuperando progresivamente, porque la actividad que allí se ejerce no encuentra dónde trasladarse.

Tomemos como ejemplo la diócesis de Moscú: antes de 1988, estaban abiertas al culto 40 iglesias; a fines de 1992, la diócesis cuenta con 132 parroquias agrupadas en 8 decanatos. Pero en realidad totalizan 197 las iglesias abiertas, incluidas 10 en hospitales o cárceles y 23 en los cuatro monasterios históricos que han sido restituidos. El número de sacerdotes pasó de 200 a 430. Las principales dificultades se sitúan sin embargo a nivel de falta de sacerdotes y catequistas formados. ¿Cómo impartir una instrucción valdadera a los catecúmenos que se preparan al bautismo-crismación y a la eucaristía? ¿Cómo preparar a los novios a un matrimonio cristiano? ¿Quién se ocupará de la escuela dominical en la que se ense-

chamanista en el Altaí. Los misterios de la post-muerte no están olvidados: puede leerse un sexto tema sobre el espiritismo y un texto acerca de la geomancia. La necesidad de comprender la historia rusa recibe respuesta a la luz de un horóscopo estructural. Último artículo que cabe señalar: "Es difícil a un rico entrar en el Reino de Dios, o la Ordoxoxia y el mercado". Todo esto ilustra el eclecticismo ambiente y el olfato de los editores que alcanzan aún un tiraje de 130.000 ejemplares (cuando la meritoria revista literaria *Novij Mir*, que tiraba 2.000.000 de ejemplares hace tres años, está hoy reducida a 25.000).

ña a los niños los rudimentos de la fe? Los manuales nuevos son aún inexistentes y las reimpressiones de los catecismos de antes de la revolución de 1917, totalmente inadaptadas a la psicología de los niños rusos de hoy y a la de sus padres.

La fundación o la refundación de una parroquia en las regiones rurales resulta aún más azarosa: le es difícil a un joven sacerdote que no sea originario del lugar, establecerse allí con su familia al terminar su formación en el seminario. Aunque sea acogido con simpatía por la población, ésta no siempre tiene posibilidad de subvenir a las necesidades materiales del sacerdote y de su familia. A menudo también ha desaparecido toda tradición de vida parroquial desde dos o tres generaciones atrás, de modo que no existe núcleo comunitario inicial. Será pues necesario reconstituir lentamente el tejido vivo de la comunidad, partiendo de su corazón: la liturgia. Allí donde la carencia era más apremiante, el patriarcado repuso nuevas estructuras diocesanas. Así, en Siberia, desde 1987, el número de diócesis pasó de tres a doce.

Al mismo tiempo se realizó un gran esfuerzo para resucitar la prensa diocesana o para conseguir un espacio de emisión en las radios locales. Los éxitos, modestos pero numerosos, tropiezan en este momento con las duras imposiciones financieras. Las revistas teológicas o de cultura religiosa surgieron en buen número pero pocas son las que sobreviven más allá de uno o dos años, por falta de medios pecuniarios y humanos.

Aquí tocamos, sin duda, el punto neurálgico de toda la renovación actual; ¡la falta de formadores de los formadores! Hasta hace cinco años, la Iglesia ortodoxa sólo contaba con tres seminarios y dos academias teológicas; el número de alumnos era restringido (*numerus clausus*) y los mismos alumnos estaban sometidos a minucioso control por parte de los servicios de seguridad. En este momento, ocho seminarios brindan formación sacerdotal y veinte "Institutos de formación espiritual" han abierto las puertas. En estos últimos se ha organizado un ciclo de dos años de formación rápida —a la teología, a la liturgia, a los sacramentos, al eslavo y al canto eclesíástico— que conduce a la ordenación diaconal o sacerdotal o al servicio pastoral en alguna parroquia. Pero la mayor dificultad está, precisamente, en encontrar profesores idóneos para dichas nuevas escuelas teológicas. Hace cinco años los seminarios y academias teológicas contaban apenas con un centenar de docentes, parte de ellos laicos. Y a causa de no poder publicar, de no tener posibilidad de contactos con la vida uni-

versitaria de Rusia o del extranjero, de carecer de literatura filosófica y teológica y asimismo abrumado por una aplastante enseñanza oral y epistolar⁴, el cuerpo docente no pudo formar un relevo suficiente; trabaja sólo con los medios a su alcance. La falta de formación conlleva la dificultad de adaptar a las necesidades específicas rusas la ayuda que proviene bastante generosamente del extranjero. Ello se traduce en desconfianza por cuanto pareciera no ser ortodoxo, en su fondo o en su forma, y en una gran reticencia por enviar clérigos jóvenes a especializarse en las facultades teológicas extranjeras, ya católicas ya protestantes. Pero hay posibilidad de que en esto también se vaya abriendo un camino gracias a la *intelligentsia* ortodoxa.

En diciembre del año pasado el patriarcado abrió en Moscú un "Instituto teológico-catequético" para formar profesores de religión ortodoxa para las escuelas secundarias, maestros de coro e iconógrafos. En febrero de este año, el patriarca Alejo inauguró solemnemente la "Universidad ortodoxa de Moscú", que comprende ya tres facultades: historia y filología, filosofía y teología, exégesis bíblica y patrística. Están asimismo proyectadas para el porvenir las facultades de medicina, comercio y artes y oficios. También se hallan en preparación iniciativas paralelas sobre todo en San Petersburgo. Probablemente estos nuevos órganos serán aptos para reanudar lazos entre la cultura y el pensamiento religioso ortodoxo.

Desde los albores de la liberalización, amantes del reconocimiento legal de la Iglesia ortodoxa por el Estado (oct.1990) los cristianos y las fraternidades se habían lanzado a la ayuda caritativa. No eran los únicos; pero su ayuda voluntaria en los hospitales, asilos de ancianos y cárceles, su asistencia a los discapacitados y toxicómanos rompieron un tabú tenaz y muchos prejuicios contra una Iglesia olvidadiza de la diaconía cristiana. En general las iniciativas de este orden son locales, pero en algunos casos se han organizado conexiones diocesanas para distribuir equitativamente la ayuda humanitaria.

⁴ Durante el período soviético no se publicó ningún otro libro de teología propiamente dicho, fuera de los treinta volúmenes del anuario *Trabajos teológicos*, en tiraje muy reducido.

El fenómeno más espectacular de la renovación de la Iglesia ortodoxa en Rusia es ciertamente el actual florecimiento de la vida monástica. En menos de cinco años, más de 120 monasterios han sido fundados o repoblados. Las comunidades en formación atraen vocaciones de jóvenes creyentes de ambos sexos, en su mayoría con formación universitaria. Un primer momento es el de restaurar edificios en ruinas, empezando por la iglesia conventual, luego retomar el ritmo de los oficios litúrgicos, encarar los medios de subsistencia, acoger a los peregrinos y proveerlos de asistencia espiritual. Algunas comunidades femeninas, al cabo de tres o cuatro años ya cuentan con un centenar de monjas; a veces toman a su cargo algún proyecto de catequesis para niños o de atención a los ancianos. La mayoría de los monasterios de antes de la revolución en realidad ya estaban muy cercanos a la vida cotidiana del pueblo de Dios (¡más que los monasterios católicos!) Dicha tradición recobra vida y el impacto de los nuevos monasterios es múltiple.

En el plano económico, una comunidad intenta siempre proveerse de un sistema de autoabastecimiento alimentario y artesanal. Con frecuencia el éxito estimula y ayuda a vivir a un pueblo o pequeña región. Además, la belleza de ciertos conjuntos arquitectónicos reconstruidos confirma a toda una población en la confianza a un pasado que se mantiene vivo, y es fuente de inspiración para el presente y el porvenir. Algunos monasterios —así el de Optina— se orientan como en el pasado hacia lo que llamamos apostolado de la prensa o servicio teológico. Es prematuro evaluar este renacimiento, al que también afecta la carencia de guías experimentados y estará aún supeditado a ciertos tanteos, pero la esperanza se mantiene viva... Finalmente recordemos que en el transcurso de la historia la renovación de la vida consagrada en la Iglesia ortodoxa fue siempre preludio de renovación espiritual, comunitaria y misionera de toda la Iglesia.

Algunos puntos fundamentales

Este ejemplo de la Iglesia ortodoxa de Rusia nos permite medir las esperanzas y temores de tal o cual otra Iglesia-hermana, en un contexto totalmente nuevo para ella. Las cuestiones particulares no deben ocultar algunos puntos más fundamentales; estos últimos con no pocos matices

importantes que añadir, son comunes a todas las iglesias ortodoxas de Europa del Este.

1. La cuestión a menudo planteada de las "componendas" de la jerarquía o del clero con el poder comunista, sea cual fuere la respuesta que se le dé, entraña otro interrogante aún más angustioso: ¿cómo asumir un pasado doloroso viviendo la conversión y yendo adelante? Durante la Santa Liturgia celebrada con ocasión del sexto centenario del tránsito del gran santo nacional, Sergio de Radonéz (8-X-1992), el Patriarca Alejo II en su homilía evocó el martirio padecido en Rusia por la Iglesia y el pueblo durante los pasados decenios. La causa de esta tragedia, dijo, no ha de buscarse en fuerzas ocultas exteriores (alusión a los católicos, los masones y los judíos, a quienes se carga habitualmente con la responsabilidad), sino en los pecados de nuestros antepasados y en los nuestros propios... Y añadió que hoy debemos ir a predicar el Evangelio a nuestro pueblo: la Iglesia debe hacerse toda para todos. Debe dirigir una palabra de paz y de amor a aquellos que están divididos por barricadas de odio, sirviendo a Cristo y a los hombres —a todos los hombres—, sin distinguir entre los suyos y los que le fueren extraños. La integración del pasado, el perdón y la reconciliación, sin descuidar el deber de la justicia, son, en efecto el único camino abierto si Rusia no quiere caer en una dictadura de derecha, de tipo nacionalista. El trabajo de la Iglesia, de arrepentimiento esperanzado —al cual cordiales relaciones ecuménicas con la Iglesia católica impulsarían ventajosamente, será determinante para el porvenir del país.

2. Rusia cuenta con un centenar de naciones en su territorio actual, siendo los rusos amplia mayoría. Por otra parte, millones de rusos, muchos de ellos ortodoxos, viven al presente en el extranjero, en las repúblicas de la ex-Unión Soviética. En un primer momento, el patriarcado hizo una tímida tentativa de presentar a la Iglesia como entidad supranacional, con esperanzas de mantener su integridad. Pero más tarde concedió la autonomía a las Iglesias locales que la solicitaron: Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, Estonia y Letonia. Ya antes de la *perestrojka*, el Estado había comenzado a buscar el apoyo moral de la Iglesia y esta solicitud ha ido acentuándose. Hoy se expresa abiertamente: la Iglesia es considerada como guardiana de la identidad rusa, y lo ha sido de hecho, ampliamente. Debe poner todo su empeño en mantenerse por encima de las facciones políticas y fuera de toda recuperación por parte de los movimientos nacionalistas. Su relación con el Estado, con la nación, con la sociedad, se

plantea pues ahora de modo totalmente *inédito*; no hay modelos en el pasado. Esas relaciones deben ser redefinidas en un contexto de desorientación, en que el nacionalismo se hace virulento. La humillación colectiva respecto al pasado, la toma de conciencia de que, en el mejor de los casos hará falta por lo menos una generación para que el país alcance un nivel de vida comparable con el de Europa occidental, generan un repliegarse sobre sí mismo. Y el creciente antisemitismo constituye el fenómeno más preocupante de todo ello. Ausentes los valores orientadores de la sociedad, la misma Iglesia en sus fieles y en su clero corre peligro de caer en el ghetto espiritual. Ya se están levantando voces denunciando una conspiración universal contra el pueblo ruso teóforo y torturado. Así las cosas, por temor de enfrentar este punto fundamental de la Iglesia podría encerrarse en un fundamentalismo altanero: las consecuencias ecuménicas y políticas serían desastrosas. A nosotros nos toca reanudar contactos culturales, religiosos, económicos y universitarios a todo nivel. A través de esa simpatía, sin falsa indulgencia, nuestros hermanos y hermanas ortodoxos podrían redescubrir las asombrosas posibilidades del modelo histórico del *commonwealth* bizantino (anterior al auge de los nacionalismos del siglo pasado) y de la teología de los Padres orientales, en diálogo con el hombre contemporáneo. El renacimiento del pensamiento religioso ruso en los decenios precedentes a la revolución es alentador a este respecto.

3. Todo esto conduce a un nuevo planteamiento: el lugar de Rusia —y en general, el de la Europa de tradición bizantina— en la Europa de este fin de siglo. El tema de la relación de Rusia con Europa occidental ha sido acaloradamente debatido, desde la disputa entre eslavófilos y occidentalistas en el siglo pasado. A su modo, el poder comunista dio solución al debate en favor de los últimos. Es sabido que desde la edad media una corriente antilatina primero y luego anticatólica atraviesa la historia de Rusia. La ortodoxia rusa nunca quedó cortada, de hecho, de una apertura a la ecumenicidad cristiana; pero el asunto afecta a lo más íntimo de su existencia desde el cisma de los Viejo-Creyentes en el s. XVII. En este momento existe una amenaza de cisma por parte de la Iglesia rusa sinodal extrafronteras, muy antiecuménica y promonarquista, que establece parroquias y diócesis dentro de Rusia, constituyendo una presión pastoral sobre ella y vuelve más difícil la apertura. A la postre mucho dependerá de la voluntad y de la capacidad de los cristianos de Europa occidental para entablar un diálogo verdadero, sin arrogancia intelectual, con aquella otra Europa;

para reconocer como riqueza complementaria, indispensable para todos, la experiencia de aculturación del Evangelio en la esfera de influencia bizantina. Cuando aceptemos de nuevo aprender de la ortodoxia (lo cual no es novedad), ésta se aceptará europea. Tal reconocimiento la ayudará asimismo a integrarse, a igual nivel, en una sociedad pluralista de hoy en más. De hecho, el régimen comunista no lo permitía. La Iglesia era la única alternativa y el refugio de todos los valores prohibidos, cosa que le valió cierto monopolio de autoridad moral frente al poder. Ahora entra en una era diferente: la del servicio.

Hacia un ecumenismo sincero

Rusia se halla pues en una encrucijada, y lo mismo la Iglesia ortodoxa. Cuando todo dejaba presagiar una mejoría gradual de las relaciones con la Iglesia católica, la nueva situación política —la bendita libertad— vino a desbaratar esta esperanza. Son numerosas las razones aparentes: el espinoso problema de las Iglesias greco-católicas, el nombramiento de tres obispos latinos, las veleidades un tanto quiméricas de ciertos grupos católicos de lanzarse a la misión... No faltan ni buenas razones ni malas excusas por ambas partes. En este momento está comprobado que la vinculación entre las jerarquías ha quedado reducida estrictamente al mínimo, mientras que a nivel local y personal siguen su curso muchos proyectos de ayuda y colaboración.

Después de cierto tiempo de hesitación, la Iglesia católica intentó coordinar las iniciativas católicas mediante directivas expresadas en una carta de la Comisión *pro* Rusia. A principios de este año (1993) esta última ha quedado reemplazada por un nuevo organismo interdicasterios para los países del Este:

"Será tarea de la Comisión vigilar y promover la misión apostólica de la Iglesia católica en todas sus actividades, y de acompañar el diálogo ecuménico con las Iglesias ortodoxas y demás Iglesias de tradición oriental. La comisión tendrá también el cuidado de mantener contactos regulares con las diversas instituciones católicas de Europa del Este, tanto para coordinar sus actividades como para impulsarlas".

En términos velados, la nueva orientación busca que toda eventual ayuda a la Iglesia ortodoxa sea "ecuménica". Tal es, por cierto, el nudo del problema.

Como lo hemos visto, las necesidades son inmensas a todo nivel. En cuanto a la ayuda de tipo humanitario debe renunciar a toda presión psicológica, cualquiera sea su forma, que pudiera recordar cierto "proselitismo" sospechoso, presente a la memoria de los ortodoxos. Pero tal como queda claro en estas páginas, ha llegado el tiempo de proponer una ayuda desinteresada, sin segundas intenciones en campos más directamente eclesiales. Los católicos deberían ponerse al servicio de la Iglesia-hermana de acuerdo a los deseos y modalidades que ella determine. La ascesis será costosa y la mutua paciencia, larga: pero es el precio necesario para que la Iglesia ortodoxa, guiada por el Espíritu Santo, renueve su impulso misionero partiendo de su propia tradición. No cabría mayor testimonio de Cristo Jesús en este momento y en aquel país —frente a una población en gran parte increyente— que ese humilde amor de la otra Iglesia.

Monasterio benedictino

B-5395

Chevetogne